

guardia para el apostolado cristiano en el campo de la cultura y de la enseñanza. Aúna en sí la doble característica de la consagración plena de sus miembros y una gran flexibilidad de movimientos. Para evitar toda traba, ni distintivos externos, ni vida común obligatoria.

Las Teresianas viven su profesión como una consagración y un apostolado, "confundidas con todas las de su clase y condición social". Tienen conciencia de estar inaugurando un nuevo género de estado de perfección.

En 1924 Roma aprueba a perpetuidad la Institución Teresiana como Pía Unión.

La Obra se extiende. El suelo español resulta pequeño al apóstol y envía a sus hijas a América. Los países americanos acogen, desde un primer momento, la Institución. La aman, la comprenden y desean que sus miembros acudan, cada vez en mayor número, para colaborar en la solución de los problemas docentes. La compenetración es plena y la labor Teresiana no es extraña a ningún país de habla hispana. Hay una razón más que explica su arraigo en el suelo americano: es el momento histórico en que inicia sus actividades. Coincide éste con la incorporación de la mujer a puestos de responsabilidad en la vida social,

momento verdaderamente crítico en la historia de estos países. Asistimos en esta primera mitad del siglo XX a profundos cambios operados en el orden político, cultural y familiar de América.

La labor misional no quedó ausente en su programa. También el movimiento social contemporáneo pudo contar, en su persona, con un hombre de acción y con un adelantado. Ya en su juventud se había identificado con las penalidades y esperanzas de un proletariado rural. En su puesto de Fundador, el Padre Poveda abrió horizontes para realizar una tarea social eficiente en el mundo femenino.

Incasable en sus ansias de entrega, en plena actividad apostólica, vino a encontrarlo la muerte. No desertó de su puesto y en él le encontraron los enemigos aquella mañana de julio del año 1936. Unas horas más, y caía acribillado por las balas, dando el máximo testimonio: el del martirio.

Desde entonces, fiel a las enseñanzas del Fundador, la Institución Teresiana se ha extendido por toda la rosa de los vientos en un quehacer apostólico que lleva siempre consigo la garantía de un trabajo serio, de una formación integral, de un espíritu alto y cristiano frente a la vida y sus problemas. ♦

reunión mundial de la intelectualidad católica

● JORGE A. MERA Y ARCE

EN Montevideo, del 25 al 31 de julio de este año, tuvo lugar el XXV Congreso Mundial de "Pax Romana".

La noticia periodística así extractada podría dejar indiferentes —o lo que es peor— en la ignorancia a muchos de sus lectores, incluso entre los católicos y en especial los latinoamericanos.

Ello merece una explicación, breve y suscita, que para quienes saben del quehacer de "Pax Romana" servirá a modo de puesta en escena de un acontecer del mundo católico merecedor de la máxima difusión y conocimiento.

"Pax Romana" es la organización internacional que reúne a los intelectuales, universitarios, profesionales y estudian-

tes católicos de todo el mundo. Desde 1950 —ocasión en que S. S. Pío XII dirigió a los participantes al XXI Congreso un mensaje que puede ser considerado como la carta de la orientación actual del movimiento— se han celebrado cuatro Congresos: en Quebec, Canadá, 1952; en Nottingham, Inglaterra, 1955; en Viena, Austria, en 1958 y el número veinticinco, que hoy motiva estas líneas.

Desde entonces los sucesivos Congresos se han guiado por aquel Paternal consejo: *“Estad siempre presentes en la trinchera del combate de la inteligencia, en momentos en que ésta se esfuerza por encarar los problemas del hombre y de la naturaleza en las nuevas dimensiones en que desde ahora se plantean”*.

Así, comenzaron a considerarse temas vinculados en manera inmediata con la institución universitaria, los cuales fueron, respectivamente: *“La Misión de la Universidad”*, *“De la Universidad a la vida, problemas del joven graduado”*, *“La Universidad de hoy y las exigencias de la libertad”* y *“La responsabilidad social de la Universidad y del universitario”*.

Tiene sentido, porque nos permite entrar en la materia del Congreso XXV y porque nos muestra el espíritu con que trabajaron los delegados en Montevideo, recordar un párrafo de la comunicación girada por el Secretariado General de *“Pax Romana”* —con sede en Friburgo, Suiza— a todas sus filiales, donde explica las razones del último tema elegido: *“Este tema se ha escogido a causa de su importancia y de su actualidad. En todas partes del mundo se plantea hoy el problema de la integración de la universidad en una sociedad en vías de transformación. Pero es evidente que el hecho de que el Congreso se deba celebrar en Montevideo, ha influido también en la elección del tema: entre los numerosos problemas que se plantean al Continente Latinoamericano, es obvio que el problema social es uno de los más graves. Y en ese continente, como en todos los demás, importa despertar la conciencia de la responsabilidad creciente que llevan en el*

orden social, tanto la universidad como los universitarios”.

Cuatro personalidades de relevancia en el mundo de la intelectualidad católica, Eduardo Frei, Mons. Pietro Paván, Francesco Vitto y Raúl Manglapus, dieron, en otras tantas conferencias (Vitto, enfermo, envió la suya), los lineamientos generales sobre los cuales discutir el tema. Luego, reunidos los congresales en grupos de discusión, por espacio de tres días, elaboraron las conclusiones que finalmente aprobó el plenario.

Hasta aquí la breve crónica y el sentido de la organización y su trabajo. Consideremos ahora la concreción de todo ello en las postulaciones fundamentales que el Congreso hizo suyas.

En primer lugar, la universidad debe proclamar las exigencias imprescriptibles de la verdad y la justicia; sería infiel a su misión si pretendiera impartir su enseñanza y ser lo que es —un foco irradiante de cultura— desinteresándose de una sociedad en la que reinan los desequilibrios, con todas las tensiones —y las tentaciones— que derivan de ellos.

La universidad tiene siempre por tarea formar una selección social. Pero cuando una ínfima minoría tiene entre sus manos todos los resortes de la sociedad, frente a ella queda desprovista de toda intervención en la dirección de la vida social la inmensa masa del pueblo. En tal caso la universidad tiene un papel excepcional que cumplir, puesto que es ella quien debe formar las nuevas promociones universitarias independientes de las viejas aristocracias del nacimiento o del dinero.

Así, la universidad asumirá una de sus funciones como fuerza progresiva de transformación de la sociedad: la de ascensión social.

En segundo término, debe aplicarse a descubrir y a estudiar la realidad social, en sus aspectos más variados, según las facultades y escuelas especiales que integran la universidad. Al dar así a los estudiantes una capacidad de interpretación y de enjuiciamiento de la realidad,

se puede hablar de que cumple una función de instrumento de la conciencia social.

Pero, más aún, en los países que están sufriendo una transformación social acelerada, la universidad debe dar pasos hacia la búsqueda de soluciones concretas de muchos de los problemas vitales de la sociedad que la rodea, con el objeto de proponer soluciones justas y de tender a la aplicación de los principios que rigen esas mismas soluciones. Será su función de innovación en la sociedad.

Tenemos hasta aquí, cómo "Pax Romana" ve en la universidad no sólo una conciencia social de la nación, sino —más allá de eso— una fuerza progresiva de transformación social, por el ascenso de grupos relegados y por la solución justa y nueva de su problemática. Tal, entonces, la orientación de la universidad en el cumplimiento de su misión social —que así podemos llamarla—. Queda ahora apreciar la dinámica de esa acción en lo concreto.

Dos aspectos nos ofrece esta última relación: la estructuración misma de la universidad, dinámica, libre y concientemente adaptada a las necesidades que su entorno social le plantea, y las mutuas influencias que el cuerpo político y sus sociedades intermedias guardan con la universidad y los universitarios.

Lo primero. Todos los órganos de la universidad son solidarios en su responsabilidad frente al progreso social, desde sus institutos de investigación experimental y sus cátedras de disciplinas profesionales hasta —principalmente— sus departamentos de ciencias sociales.

Los desequilibrios internos de universidades profesionalizadas que olvidan por igual las ciencias puras y los estudios sociales, deben ser resueltos. Para influir eficazmente en la sociedad, la universidad debe transformarse ella misma en una estructura eficaz. Así —para los países en vías de desarrollo— la primera reforma interior de la universidad será obtener la dedicación completa a su tarea de un personal docente calificado.

Lo segundo vuelve a tener como base la triple autonomía —cultural, financiera y administrativa— que garantiza a la universidad el libre ejercicio de sus misiones.

Pero esos derechos nacen del cumplimiento de deberes para con la sociedad que los otorga, y éstos aparecen ya con los estudiantes, de los cuales la universidad debe hacer miembros adultos y responsables en sus respectivas disciplinas.

Existen también para con el estado y la sociedad política en general, para con la Iglesia y para con la entidad que la ha fundado y la favorece.

Los tiene, finalmente, con los grupos políticos, sindicales, empresarios, etc., a cuyos dirigentes debe formar según los requerimientos cambiantes de un ritmo social acelerado.

El problema estriba en guardar un difícil, pero razonable equilibrio: mantener el contacto con los grupos pero evitar la "politización" de la vida universitaria; servir a las necesidades de la industria, pero evitando la intervención interesada de grupos de presión o la sumisión a determinada ideología política o social.

Si la universidad como institución tiene deberes, también los tienen sus alumnos y sus graduados.

Los estudiantes comprenderán que su posición privilegiada sólo se justifica en función del bien que deben promover en favor de la población menos favorecida.

Los egresados no dejarán ser ganados por una vida profesional inmediata y estrecha, que los lleve a convertirse en burgueses satisfechos, vacíos de un sentido social progresivo.

La Iglesia cuenta con la colaboración de los universitarios para que se ponga en práctica su doctrina social.

"*Mater et Magistra gentium*" nos recuerda la traducción "en realizaciones concretas de los principios y directivas sociales" e invita a los católicos "sobre todo a Nuestros hijos del laicado", a pasar a la acción "con actitud de sincera confianza".

En esa labor un lugar predominante cabe a las universidades católicas que hoy día encuentran su máxima razón de ser en el campo social; porque ellas "pueden proseguir el esfuerzo de síntesis — entre la diversidad de disciplinas y la formación de la personalidad del estudiante— hasta la clave de bóveda del edificio, pues esta unidad no tenderá hacia su perfección sino en la medida en que se busque en Dios; en la caridad esclarecida por la ciencia, según la verdad única del Evangelio, bajo la dirección de la Iglesia una y santa" (S. S. Pío XII, Mensaje al XXII Congreso, Quebec, 1952).

Los que de todo el mundo bajaron al Plata, ya han vuelto a sus países, distribuidos en cinco continentes. Las pala-

bras que fueron dichas, cuyo espíritu fundamental hemos tratado de transmitir en estas líneas, restan hoy escritas en el papel. Será función de cada uno de los católicos comprometidos en la universidad, el asumir la responsabilidad social que les incumbe en cuanto católicos y en cuanto universitarios.

Si se piensa en las palabras con que Eduardo Frei Montalvo inició el debate del tema, el conocer y valorar esa responsabilidad y el dar testimonio claro y vigoroso de una doctrina social, es imperativo; porque "no sería honesto diluirse en reuniones más o menos académicas" ya que "eso sería un lujo que no podemos permitirnos en esta y muchas otras partes del mundo". ♦

paralización del país

A pesar de todo lo que se ha dicho, podemos afirmar que la crisis actual no tiene solamente un sentido económico. La situación política es la que engendra la desconfianza y de aquí nace todo el problema económico. Todo comerciante gira con un pasivo más o menos importante que no significa ningún peso gravoso mientras cuenta con la confianza de los demás miembros de la comunidad comercial. Si llega a perder esa confianza entonces el pasivo se torna peligroso. Lo mismo ha sucedido con la Argentina. El desequilibrio político ha planteado a todos sus acreedores la conciencia de que es necesario cobrar cuanto antes y huir de un país que no da garantías políticas.

Lo más grave es que nadie hace nada eficaz par aconjurar la situación política. Está prácticamente en manos de las Fuerzas Armadas y éstas, como es lógico, no comprenden lo que sucede en un campo

en el que no tienen suficiente experiencia.

Los partidos políticos con la amenaza pendiente de su estado de asamblea y de caducidad de las autoridades se debaten en sus desgarramientos internos sin presentar una solución.

¿Y el pueblo? Mira cada vez más asombrado lo que sucede a su alrededor en lo que no tiene parte pero cuyas consecuencias las paga siempre él. Ve ante sí cada vez más amenazante el problema de la desocupación. Fábricas que se cierran o por lo menos que no reciben más obreros. Sueldos atrasados en el sector estatal. Se le ha pedido una y otra vez un esfuerzo para sacar al país de la mala situación y ha respondido admirablemente contribuyendo con su esfuerzo a que el país superara sus crisis económicas, pero una vez más se ve acosado por problemas que no son de su incumbencia. Basta señalar el trágico hecho de la usina del Dock Sud. En un día de